

Cronomoto

Kurt Vonnegut

«Cáustico e incisivo.
Divertidísimo.»

The New York Times

«Aquí hallarán al Vonnegut
indispensable.»

San Francisco Chronicle

Traducción
Carlos Gardini

INCLUYE E-BOOK

Cronomoto

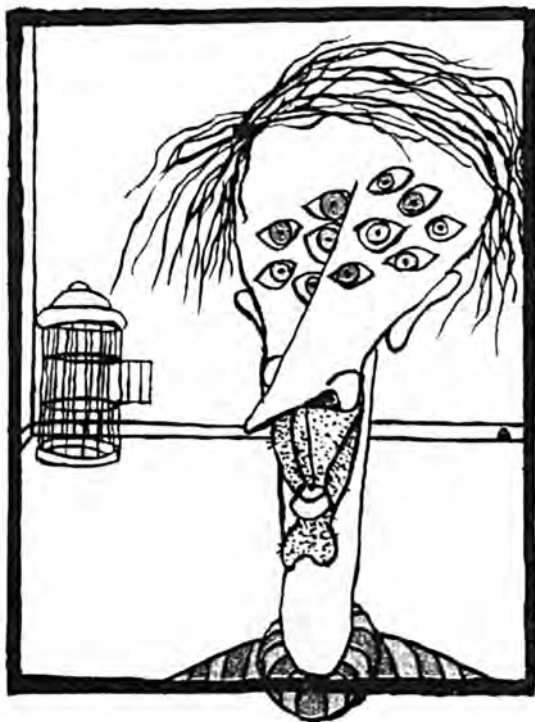
Kurt Vonnegut

Cronomoto

Kurt Vonnegut

Traducción de Carlos Gardini

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES



Kilgore Trout, escritor de ciencia ficción (descatalogado), en Cohoes, Nueva York, 1975. Cuando se entera de la muerte en un astillero sueco de su hijo Leon, largo tiempo distanciado, pone en libertad a su perico Cyclone Bill y se dispone a iniciar una vida de vagabundo.

*En memoria de Seymour Lawrence,
personaje romántico y gran editor
de curiosas historias narradas con tinta
sobre pulpa de madera blanqueada y alisada.*

Todas las personas vivas y muertas son pura coincidencia.

Prólogo

En 1952, Ernest Hemingway publicó en la revista *Life* un relato titulado *El viejo y el mar*. Era sobre un pescador cubano que no había pescado nada en ochenta y cuatro días. El cubano atrapaba un enorme pez espada, lo mataba y lo ataba a su pequeña embarcación, pero antes de alcanzar la costa los tiburones arrancaban toda la carne del esqueleto.

Yo vivía en Barnstable Village, Cape Cod, cuando se publicó el cuento. Le pedí su opinión a un vecino que se ganaba la vida como pescador. Me dijo que el protagonista era un idiota. Tendría que haber cortado los mejores trozos de carne para guardarlos en el fondo del bote dejando el resto para los tiburones.

Es posible que los tiburones que Hemingway tenía en mente fueran los críticos que no habían recibido bien su primera novela en un decenio, *Al otro lado del río y entre los árboles*, publicada dos años antes. Que yo sepa nunca lo dijo, pero quizá el pez espada fuera esa novela.

Y en el invierno de 1996 descubrí que yo era el creador de una novela que no funcionaba, que no tenía sentido, que, para empezar, nunca quiso ser escrita. *Merde!* Había dedicado casi una década a ese pez ingrato. Ni siquiera servía como carnada para tiburones.

Acababa de cumplir setenta y tres años. Mi madre llegó a los cincuenta y dos, mi padre a los setenta y dos. Hemingway casi llegó a los sesenta y dos. ¡Yo había vivido demasiado! ¿Qué debía hacer?

Respuesta: filetea el pez y arroja el resto.

Así lo he hecho durante el verano y el otoño de 1996. Ayer, 11 de noviembre de ese año, cumplí setenta y cuatro. ¡Setenta y cuatro!

Johannes Brahms dejó de componer sinfonías a los cincuenta y cinco. ¡Basta! Mi padre, arquitecto, estaba harto de la arquitectura

a los cincuenta y cinco. ¡Basta! Los novelistas varones norteamericanos han realizado su mejor trabajo a esa edad. ¡Basta! Para mí los cincuenta y cinco han quedado atrás hace mucho tiempo. ¡Piedad!

Mi gran pez, que tanto apestaba, llevaba por título *Cronomoto*. Lo denominaremos *Cronomoto 1*. Y a esto, a este guiso cocinado con sus mejores partes y aderezado con pensamientos o experiencias durante los últimos siete meses, lo llamaremos *Cronomoto 2*.

¿Estamos?

La premisa de *Cronomoto 1* era que un seísmo cronológico, un súbito fallo en el continuo espacio-tiempo, obligaba a las personas y las cosas a hacer por segunda vez lo que ya habían hecho la década anterior, para bien o para mal. Era un *déjà vu* que duraba diez largos años. No podías quejarte de que la vida fuese mera repetición ni preguntar si te estabas volviendo loco tú o si se estaba volviendo loco todo el mundo.

A lo largo de la reposición no podías decir absolutamente nada si no lo habías dicho la primera vez en toda esa década. Ni siquiera podías salvar tu propia vida o la de un ser querido si no lo habías hecho la primera vez.

Ese temblor de tiempo nos desplazaba en un instante del 13 de febrero de 2001 al 17 de febrero de 1991. Luego, todos teníamos que regresar penosamente a 2001, minuto a minuto, hora tras hora, año tras año, apostando de nuevo por el caballo equivocado, casándonos con la persona equivocada, volviendo a pillar la gonorrea. ¡No faltaba nada!

Sólo dejábamos de ser robots de nuestro pasado cuando regresábamos al momento del temblor. Como dijo el viejo escritor de ciencia ficción Kilgore Trout, «sólo cuando se reactivaba el libre albedrío dejábamos de correr carreras de obstáculos levantados por nosotros mismos».

En realidad, Trout no existe. Ha sido mi áter ego en varias novelas, pero casi todo lo que he decidido conservar de *Cronomoto 1* se relaciona con

sus aventuras y opiniones. He rescatado un puñado de los miles de cuentos que escribió entre 1931, cuando tenía catorce años, y 2001, cuando murió a los ochenta y cuatro. Fue vagabundo gran parte de su vida, pero murió lujosamente en la suite Ernest Hemingway de Xanadú, un retiro para escritores situado en el balneario de Point Zion, Rhode Island. Es grato saberlo.

Su primer relato, me contó mientras agonizaba, estaba ambientado en Camelot, la corte del rey Arturo en Gran Bretaña: Merlín, el mago de la corte, pronuncia un conjuro que le permite equipar a los caballeros de la Mesa Redonda con ametralladoras Thompson y tambores de balas dum-dum calibre 45.

Sir Galahad, el de corazón y mente más puros, practica con este nuevo dispositivo para imponer la virtud y, mientras lo hace, destroza el Santo Grial de un balazo y deja a la reina Ginebra como un queso gruyer.

Esto es lo que dijo Trout cuando advirtió que la reposición de diez años había concluido, que él y todos los demás estaban súbitamente obligados a pensar en nuevas actividades, a ser de nuevo creativos: «¡Por Dios! ¡Soy demasiado viejo y tengo demasiada experiencia para volver a jugar a la ruleta rusa con el libre albedrío!».

Sí, y yo también era un personaje en *Cronomoto 1* y hacía una breve aparición en una cena playera en el retiro para escritores Xanadú durante el verano de 2001, seis meses después de que terminase la reposición, seis meses después de que se reactivara el libre albedrío.

Estaba allí con varios personajes del libro, entre ellos, Kilgore Trout. Tuve el privilegio de escuchar al viejo y largo tiempo descatalogado escritor de ciencia ficción mientras describía, y luego mostraba, el lugar específico que ocupaban los terrícolas en el plan cósmico.

Así que ya he terminado mi último libro con excepción de este prólogo. Hoy es 12 de noviembre de 1996 y calculo que faltan unos nueve meses

para la fecha de publicación, para el momento en que saldrá por el canal de parto de una imprenta. No hay prisa. La gestación de un elefante asiático dura más del doble.

La gestación de una zarigüeya, amigos y vecinos, dura doce días.

En este libro he supuesto que todavía estaré vivo para la cena playera de 2001. En el capítulo 46 me imagino que continúo vivo en 2010. A veces digo que estoy en 1996, donde en efecto estoy, y a veces digo que estoy en medio de la reposición tras un cronometro sin establecer diferencias claras entre las dos situaciones.

Debo de estar loco.

Capítulo uno

Llámenme Júnior. Mis seis hijos adultos me llaman así. Tres son sobrinos adoptados, tres son míos. Me llaman Júnior a mis espaldas. Creen que no lo sé.

En mis conferencias suelo decir que una plausible misión del artista es lograr que la gente se sienta más contenta de estar viva. Entonces me preguntan si sé de algún artista que lo haya conseguido.

—Los Beatles —respondo.

Sospecho que para los terrícolas más evolucionados el hecho de estar vivos resulta embarazoso o algo peor. Dejemos de lado casos de incomodidad extrema como la crucifixión de los idealistas. Dos mujeres importantes en mi vida, mi madre y mi única hermana, Alice o Allie, que ahora están en el cielo, odiaban la vida y así lo proclamaban.

—¡Me rindo, me rindo! —exclamaba Allie.

El norteamericano más gracioso de su época, Mark Twain, siendo setentón como yo, encontraba la vida tan agobiante para sí mismo y para los demás que escribió lo siguiente: «Desde que soy adulto, nunca he querido que ningún amigo mío liberado de ese peso regresara a la vida». Lo dice en un ensayo sobre la muerte súbita de su hija Jean, ocurrida pocos días antes. Entre las personas a las que no habría resucitado estaban Jean, otra hija, Susy, su querida esposa y su mejor amigo, Henry Rogers.

Twain pensaba así aunque no llegó a ver la Primera Guerra Mundial.

Jesús dijo que la vida era espantosa en el Sermón de la Montaña: «Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia».

Henry David Thoreau escribió esta famosa frase: «El grueso de los hombres lleva una vida de callada desesperación».

Así que no tiene nada de extraño que envenenemos el agua, el aire y el suelo, que construyamos artefactos de destrucción cada vez más ingeniosos, tanto industriales como militares. Seamos totalmente francos, para variar. La mayoría de la gente no ve la hora de que llegue el fin de mundo.

Mi padre, Kurt sénior, un arquitecto de Indianápolis enfermo de cáncer cuya esposa se había suicidado quince años antes, fue arrestado por saltarse un semáforo en rojo en su ciudad natal. ¡Resultó que llevaba veinte años sin permiso de conducir!

¿Saben qué le respondió al agente que lo detuvo?

—Pégume un tiro —le dijo.

El pianista de jazz afroamericano Fats Waller gritaba una frase cuando su actuación era portentosa y escandalosamente divertida. Hela aquí: «¡Que alguien me pegue un tiro mientras soy feliz!».

La existencia de dispositivos como las armas de fuego, tan fáciles de manejar como los encendedores y tan baratos como las tostadoras, capaces, si a alguien se le antoja, de matar a mi padre, a Fats, a Abraham Lincoln, a John Lennon, a Martin Luther King, Jr. o a una mujer que empuja un coche de bebé nos demuestra que, por citar al viejo escritor de ciencia ficción Kilgore Trout, «la vida es un montón de mierda».

Capítulo dos

Imaginemos esto: una gran universidad norteamericana renuncia al fútbol en nombre de la cordura y transforma el estadio vacío en una fábrica de bombas. ¡Vaya cordura! Ecos de Kilgore Trout.

Me refiero a mi alma máter, la Universidad de Chicago. En diciembre de 1942, mucho antes de que yo estudiara allí, un grupo de científicos extrajo del uranio la primera reacción en cadena sobre la Tierra bajo las tribunas del Stagg Field. Querían demostrar la viabilidad de la bomba atómica. Estábamos en guerra con Alemania y Japón.

Cincuenta y tres años después, el 6 de agosto de 1995, hubo una reunión en la capilla de la universidad para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la detonación de la primera bomba atómica en la ciudad de Hiroshima, Japón. Yo estaba allí.

Uno de los oradores fue el físico Leo Seren, que había participado en el exitoso experimento llevado a cabo bajo aquellas gradas desiertas. Oigan esto: ¡pidió perdón por haberlo hecho!

Alguien debería haberle explicado que, en un planeta donde los animales más inteligentes odian tanto estar vivos, ser físico significa no tener que pedir perdón.

Ahora imaginemos esto: un hombre crea una bomba de hidrógeno para una Unión Soviética paranoica, se cerciora de que funciona y luego gana el Premio Nobel de la Paz. Este personaje real, digno de una narración de Kilgore Trout, fue el difunto físico Andréi Sájarov.

Ganó el Nobel en 1975 por exigir una suspensión de las pruebas con armas nucleares. Él, desde luego, ya había probado la suya. ¡Su esposa era pediatra! ¿Qué clase de hombre perfeccionaría una bomba de hidrógeno mientras está casado con una especialista en medicina

infantil? ¿Qué clase de médica se quedaría con una pareja que ha perdido el juicio?

— ¿Algo interesante en el trabajo, cariño?

— Sí. Mi bomba funcionará perfectamente. ¿Y cómo se encuentra ese niño con varicela?

Andréi Sájarov era una especie de santo en 1975, una especie que no se venera desde que terminó la Guerra Fría. Era un disidente en la Unión Soviética. Exigía que dejaran de construir y probar armas nucleares, y también más libertad para su pueblo. Lo expulsaron de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Fue desterrado de Moscú y enviado a un pueblo de mala muerte en medio del permafrost.

No le permitieron ir a Oslo a recibir el Premio Nobel. Su esposa, Elena Bonner, lo recibió en su nombre. ¿Pero no es hora de preguntarnos si ella, si cualquier pediatra o terapeuta, no merece más un premio de la paz que quien ha contribuido a crear una bomba H para cualquier gobierno de cualquier parte?

¿Derechos humanos? ¿Qué podría ser más ajeno a los derechos de cualquier forma de vida que una bomba H?

En junio de 1987, el Staten Island College de la ciudad de Nueva York otorgó a Sájarov un doctorado honoris causa. Tampoco esta vez su gobierno le permitió recibirlo personalmente. Me pidieron que yo lo hiciera en su lugar.

Sólo tenía que transmitir un mensaje enviado por él. Helo aquí: «No renunciemos a la energía nuclear». Lo repetí como un robot.

¡Fui tan educado! Y eso que aquello sucedió un año después de la calamidad nuclear más mortífera ocurrida hasta entonces en este planeta desquiciado. Ocurrió en Chernóbil, Ucrania. Muchos niños de la Europa septentrional padecerán enfermedades o algo peor durante años a causa de esa fuga radiactiva. ¡Trabajo de sobra para los pediatras!

Después de Chernóbil, la actitud de los bomberos de Schenectady, Nueva York, me resultó más alentadora que la ridícula exhortación de Sájarov. Yo trabajaba en Schenectady. Los bomberos enviaron una carta a sus colegas de allá para felicitarlos por la valentía y la abnegación con que trataban de salvar vidas y bienes.

¡Hurra por los bomberos!

Aunque algunos sean despreciables en la vida cotidiana, todos pueden ser santos en las emergencias.

Hurra por los bomberos.